

HERALDO DE MURCIA

AÑO III

DIARIO INDEPENDIENTE

NUM. 766

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la península UNA PESETA al mes.—Extranjero, tres me-
ses 7'50 PESETAS.
Comunicados á precios convencionales
Redacción y talleres: S. Lorenzo, 18.

MARTES 25 DE SETIEMBRE DE 1900

PRECIOS DE LOS ANUNCIOS

En cuarta plana. 00'05 pesetas líne
En segunda y tercera. 00'10 id. id.
En primera. 00'20 id. id.
Administración: Saavedra Fajardo, 15

MARTINEZ CAMPOS

Ha muerto allá en Zarauz, en un rincón de la patria casi desligado de la política latente, de las cuestiones del día, del maremagnum que hoy reina en el inmenso desbarajuste de partidos descompuestos, de agrupaciones sin rumbo, de políticos desbandados. Por que el general, ya no tenía «corazonadas» ó si las tenía, enfermó su corazón, no se preocupaba grandemente que produgiesen ó no efecto en la marcha política.

Estaría cansado ya de tanta lucha en los campos de batalla y en los salones de Palacio; por eso, en estos últimos años, solamente alguna vez que otra, hemos oído citar su nombre cuando se hablaba de cambios políticos, de arreglos y protecciones á ciertos personajes.

Fué buen soldado; creemos que ni como político ni como general pasará á la historia; pero su figura es la figura más grande de la restauración y por ello, en la historia moderna podrá leerse:—Martínez Campos: heroico soldado en los combates y restaurador de los Borbones en Sagunto.

El general, en los últimos años ha de haber experimentado penas hondas al ver como la patria ha caído. Volvió de Cuba angustioso y triste; volvió convencido de que el imperio colonial «se iba», y desde entonces ha sido cuando menos se mostró en público, como político y como general.

La muerte de Martínez Campos la sentirán muchos.

La monarquía pierde con él su defensor más decidido y más prestigioso y el Sr. Silvela, uno de sus mejores amigos. Descansen en paz el distinguido soldado.

DE MADRID Á MURCIA

Declaraciones de Romero

Dicen de Granada que una comisión de amigos ha visitado á su jefe en Antequera y que el Sr. Romero Robledo hizo algunas declaraciones políticas, combatiendo la marcha del actual gobierno que calificó de funesta y perturbadora.

Se lamentó de la pasividad del pueblo que nada hace por deshacerse del gobierno que le veja sin más preocupación que cargarle de tributos y dijo, que lo asombroso del caso es, que el Sr. Silvela traduce esta quietud mortal de la nación como una muestra de adhesión á su persona y al gobierno.

No cree el Sr. Romero que pueda llegarse con este gobierno á la regeneración del país, estimando como su mayor enemigo al Sr. Silvela, quien escribió la palabra «regeneración» en su bandera para escalar el poder, prometiéndose á sí propio conservar éste con sus engaños y falaces ofreimientos.

A la regeneración podría llegarse, siguiendo la política romerista cuyo credo es: orden, libertad y respecto á la voluntad nacional.

El Sr. Romero Robledo se propone hacer una enérgica campaña en el Congreso á favor de los intereses del país.

Los romeristas: muéstranle muy esperanzados con respecto al porvenir.

El Sr. Romero Robledo irá á Londres en los primeros días de Octubre con objeto de dejar en un colegio á una de sus hijas.

A su regreso desembarcará en la Coruña, marchando inmediatamente á Madrid, donde asistirá á la inauguración de la estatua de Cánovas.

El Sr. Romero tiene el propósito de hacer en este acto una demostración de las fuerzas romeristas.

Los síndicos

Anoche se reunieron los síndicos de los gremios de esta corte y acordaron dirigir un telegrama á Romero Robledo, declarando ver con simpatía su política económica, franca, radical y democrática.

Al mismo tiempo le reiteran su adhesión por la campaña emprendida, confiando en sus energías para regenerar la patria.

Concedieron un voto de confianza á la junta sindical, aprobando su comportamiento dentro del Directorio de la Unión. Se le dará un banquete á dicha junta.

La impresión es que han recobrado los gremios su independencia, distanciándose de la Unión Nacional para unirse á Romero.

La muerte de Martínez Campos

En las primeras horas de esta mañana ha comenzado á circular el rumor de que el general Martínez Campos se había agravado en su enfermedad, y á las once, el telefonema daba la noticia de la muerte, ocurrida á las diez y cuarto en Zarauz, rodeado de su esposa y familia.

Cuando se supo la noticia en San Sebastián estaba oyendo misa el ministro de la Gobernación.

El Sr. Dato se dirigió inmediatamente á Miramar, con objeto de dar cuenta á S. M. la Reina del doloroso suceso.

Después marchó el Sr. Dato á Zarauz, llevando el encargo de dar el pésame á la familia en nombre de los Reyes.

La Reina se ha afligido mucho al saber la muerte del general Martínez Campos, considerándola como una pérdida nacional.

Esta madrugada tuvo el señor Silvela noticias directas de Zarauz, participándole que el enfermo estaba agonizando; por eso esperaba que falleciera de un momento á otro.

En cuanto supo que había muerto y después de telegrafiar el pésame á la viuda, preguntó por el telégrafo si el cadáver ha de ser trasladado á Madrid ó se le enterrará en Zarauz.

En este último caso se proponía el señor Silvela salir hoy mismo para dicho punto, con objeto de asistir al sepelio.

El presidente se muestra muy impresionado, y cuando esta mañana hablamos con él nos manifestó su opinión, de que la muerte del general era una gran pérdida para la patria.

Recordaba el jefe del Gobierno que fué Martínez Campos quien le hizo ministro por primera vez, y que en treinta años de amistad nunca habían tenido el menor rozamiento.

Dijo también el Sr. Silvela que al cadáver se le harán todos los honores que merecía el finado, como capitán general y como presidente de la alta Cámara.

En los círculos políticos

Ocorre generalmente en política, que pasados los primeros momentos y después de los comentarios que son de rigor en estos casos, cuando muere una personalidad tan saliente, se vuelve á las realidades de la vida y se hacen cálculas sobre lo que el suceso podrá influir en la marcha de la cosa pública.

Unos consideraban la muerte del general Martínez Campos como una nueva complicación para el Sr. Silvela, que tendrá que abandonar el poder antes de lo que pensaba, y otros, por el contrario, aseguraban que hallándose vacante la presidencia del Senado, podrá ser este cargo el punto de atracción de los tetuanistas, ó el medio de conciliar las ambiciones de los Sres. Pidal y Villaverde.

Hasta se indicaba que el tercer entorchado que queda vacante puede suavizar asperezas entre los Sres. Silvela y Polavieja.

A este tenor eran todos los comentarios que hacían, no faltando tampoco quien ahondara mucho más en el asunto, dada la gran significación del general Martínez Campos y su influencia en la política.

23 Septiembre 1900.



Jáudenes y Alvarez

Además de soldado valeroso y entendido, fué el comandante de Estado Ma-

yor D. Ramon de Jáudenes y Alvarez, un hombre de ciencia, de profunda sabiduría, pues si como servidor de la patria supo ganar empleos y honores en los campos de batalla, como científico sacrificó su vida en aras del progreso, recorriendo inhospitalarios territorios, cuyo estudio y planos topográficos le habían sido encomendados.

A la Coruña corresponde la gloria de haber visto nacer en 24 de Septiembre de 1841 al Sr. Jáudenes y Alvarez, quien como cadete de infantería ingresó en el ejército en 10 de Julio de 1817. Comenzó á dar inequívocas pruebas de su valor en la guerra de Africa, asis-



tiendo á las tomas de Fuerte Martín y Aduana de Tetuán, batallas de este nombre y Wad-Rás y á otros hechos de armas de menos importancia.

Dejándose llevar de su amor á los estudios científicos, en Agosto de 1862 ingresó en la Escuela de Estado Mayor, en la que dejó gratos recuerdos de su inteligencia y laboriosidad, saliendo de ella á los cuatro años con el empleo de teniente del cuerpo, y como tal peleó en Alcolea á las órdenes del duque de la Torre, quien recompensó la bizarría de Jáudenes nombrándole capitán de infantería, enviándole, además, á petición suya, á una de las columnas que en las provincias de Leon y Palencia perseguían á las partidas carlistas en ellas levantadas.

También á petición propia, marchó en 1872 á Puerto Rico, siendo nombrado poco después para levantar el plano de la isla de Cangrejos y jefe de la comisión itineraria militar, en cuyo cargo cesó en 1877 por haber sido destinado al ejército de Cuba con el cargo de jefe de Estado Mayor de la tercera brigada del Centro. Delicado y de muchas responsabilidades era este puesto, más el talento de Jáudenes y Alvarez le permitió salir triunfante de cuantas empresas tuvo que acometer, llegando su conducta hasta hacerle merecedor del empleo de teniente coronel de caballería, que le fué otorgado en Septiembre de 1860.

De vuelta á la madre patria por enfermo, fué nombrado, haciendo justicia á sus muchos méritos, jefe de Estado Mayor de la comandancia general de Ceuta, recibiendo en Abril de 1883 el encargo de estudiar la topografía de Marruecos, trabajo que emprendió con el entusiasmo que en él despertaban tal género de empresas; más antes de que le llevara á feliz término «por efecto sin duda, de la mala alimentación, de las grandes privaciones que sufría en país exhausto de todo recurso, sin más resguardo contra la inclemencia pernicioso del clima que una débil lona», cayó enfermo de gravedad y á los ocho ó nueve días, ó sea el 11 de Abril de 1884, hizo entrega de su alma á Dios en Ceuta.

Hernando de Acevedo

D. Agustín Ruiz

Impresionado tristemente por la emoción dolorosa del recuerdo de la muerte de tan buen amigo, recordamos hoy á nuestros estimables lectores, que ya hace un año descansó en la bendita paz del Señor, en la eterna bienaventurada mansión de los justos y de los buenos.

¡Miserable y pobre existencia! Transcurren los múltiples hechos de la vida con rapidez tan asombrosa, que al pensar en la abstracta concepción del tiempo, sentimos el vértigo inmenso de lo infinito. Y caen los hombres y las generaciones se suceden y la humanidad perdura, eternamente caminando hacia sus inexorables providenciales destinos. Sí, es tan grande el misterio de la vida, que sin la muerte, no tendría nuestro espíritu la inmortalidad glorio-

sa como corona de luz, que divinamente centellea en el obscuro fondo del sepulcro. Para nosotros, que somos creyentes del adorable dogma de la fé cristiana, todas las tumbas nos parecen resplandecientes con albores de aurora, renacimiento perpetuo de nuevas vidas, espléndidas florescencias de almas purificadas, inmaculados cielo, donde irradiá perennemente entre lumbres de oro el divino sol de la Redención augusta y majestuosa del Dios crucificado. Creemos que tiene la tumba la blancura, el candor y la pureza de un regazo, amorosísimo regazo en cuyo inefable seno nos dormimos todos al atardecer de la vida, para despertar en la gloria de las venturas celestiales.

Y decimos esto, porque hace ya un año desde que dejara de existir aquella alma tan generosa y tan buena, que se llamó en vida D. Agustín Ruiz, y aun lo contemplamos flotar en nuestra fantasía, admirablemente reproducido por la imagen misteriosa del recuerdo. Joven simpático, ilustradísimo, de naturaleza poderosa y varonil, verdaderamente atlética, y una voluntad ejercitada siempre en actos laboriosos, y un gran corazón que atesoraba nobilísimos sentimientos, D. Agustín Ruiz constituía en Murcia, una relevante personalidad distinguida y popular, sinceramente querida de todas las clases sociales, las cuales estimaban en él al hombre honrado, al perfecto caballero, al modesto ciudadano de inagotable caridad, al buen murciano que amaba profundamente las glorias de su hermoso país.

Alma templada en las redentoras luchas del trabajo que dignifican y engrandecen, fué siempre tierno enamorado del estudio de su difícil profesión quirúrgica, donde alcanzara brillantes triunfos y éxitos indudables, que fueron á conquistarle merecidamente reputación inmensa de gran operador, pues el escalpelo en sus primorosas manos de artistas era todo un griego cínico, modelando maravillas en los profundos senos palpitanes de la organización humana. ¡Cuántos y cuántos beneficios dispensara salvando vidas de pobres desvalidos de la fortuna, impulsado solamente por la emoción intensa de su altruismo generoso! Mas, ahora serán para él las innumerables bendiciones que se alzan como plegarias religiosas de pechos agradecidos, la santa memoria del corazón que no olvida ni aún después de la muerte.

D. Agustín Ruiz fué hombre notable por su saber científico, estimado por su murcianismo fervoroso; pero la nota distintiva de su personalidad popularísima, fué la llaneza habitual de su alegre y jovial carácter, con ingénita propensión al bien, lleno de bondades. Y si todos llevamos sobre la propia conciencia las sombras inevitables á la pobre naturaleza humana, porque hasta el sol tiene manchas, purificó toda la vida en el sagrado orisol de un lento y penoso martirio de enfermedad, coronada con la santa muerte del que descansa en las dulcedumbres bienhechoras de la religión y del amor, con la fé puesta en Dios, con el pensamiento levantado hacia la eternidad, con la mirada en su adorada única hija, donde reconcentrara todos los santos afectos del alma.

Ni fuimos de él amigos íntimos, ni adversarios tampoco, que al rendir debido tributo á la justicia, consagramos el culto solemne de un deber periodístico, la realización sagrada de una obligación moral, que cumplimos gustosamente. Somos murcianos y somos católicos: enalteciendo la imperecedera memoria de los que fueron, consolamos también el acerbo dolor de los vivos, que llorando, rezan y suspiran.

Solo nos falta reiterar con esta doloroso motivo, la sincera expresión de nuestro más sentido pésame á su discreta y virtuosísima hija, que tanto amó á su buen padre, para quien tuvo veneración idolátrica, como á toda la demás estimable familia del distinguido finado, que hoy, al dedicarle solemnes sufragios en la Iglesia parroquial de San Bartolomé han podido tener la triste

aunque grande satisfacción íntima de verse acompañados de inmemorables amistades, elevando la ofrenda de sus oraciones al Altísimo.

NUESTRA PALOMITA

Á 22 DE SEPTIEMBRE.—VILLA DEL OSO

Amigos y compañeros: Dejémoslos de madroños y vamos de osos porque en esta villa se desempeña mucho este papel por los provincianos.

Ayer llegó Camueso, seguidamente se fué á casa del de la casaca y tuvo un rató de parlque sobre los sucesos sucedidos en esa y de las faroleras que han impresionado la pupila del maniso.

¡Ay Camueso, de mi alma, no te puedes imaginar que situación la mía. ¡Lo que hace el poder de cinco mil reales mensuales!

Con mi Niceta, que continuamente me está empujando contra el maniso, y con el lobo que me ha presentado el dilema de que si abandono al maniso me retira su protección, me encuentro en un conflicto, y para eso te llamo. ¡Ilústrame lo que debo hacer, y te doy un gobierno, teniendo presente tu carácter y entereza para enderezar Ayuntamientos.

¿Nada de alusiones? Si no lo he hecho bien como Presidente no dudes que lo haré medianamente, como Poncio.

Yo entiendo amigo mío; que debes hacer lo que yo, masear las cosas y dejar que el tiempo la solución—como le plazca.

No te metas á cazar lobos, porque estos son muy zorros y si han llegado á probar, por tu culpa, la carne de venao difícilmente les quitarás la querencia.

Así pues, deja que tus paisanos se arreglen, y no te metas en faroleras.

A cobrar la mensualidad y á mí, mándame á gobernar una insula que bien ganada la tengo...

¿Es verdad... camueso... tu serás Poncio.

¿Y la cuestión Perico que te parece? porque esta es la cuestión batallona en la que hace inestable al maniso y el lobo.

Las cosas de Vaterklos no son para me neallas, siempre huelen.

Deja que recurran en alzada, y entonces, ya se habrán aquietado los ánimos, y habrás podido ver la cosa á que huele si á romero ó á cipreses de sepulcro santo.

Tu, lo entiendes, camueso, porque sabes rumiar las cosas y darles sesgo.

En esto, anuncia el ugier, la llegada del Cabrero.

—¿Qué pase? dijo el de la casaca.

Un abrazo y un cigarro.

Sientate,—guapo chico—que ganas tenía que me anunciáisen tu llegada.

—Pues aquí me tiene...

—¿Cómo andan las cosas de aquella casa?

Muy mal, é imposible de arreglarlas.

¿Ya habrá visto como me ha tratado el maniso porque no he accedido á sus farandulas?

Lo sé todo... pero necesito la vara, ¡Eso necesito!—primero rompo la caña.

¡Por Dios muchacho! no enredes más la madeja—entrega la vara que me la pide el lobo en castigo á tus azañas.

El lobo que se arregle con sus vales y no se meta en nuestra danza, y que aprenda de rutina la doctrina cristiana que buen falta le hace para poder salvar su alma.

¿Con que no dimites?

¿Ni entrego la vara?

¡Que poca din teligencia tienes?

Bien me decían que en la cabeza no la llevabas.

Como que me la he dejado en casa—hacia tanto resol—que temí, usted me la quitara—

—Oye, muchacho—desde que llevo casaca, no permito á nadie confianzas.

O dimites ó te llevo á la barra.

Es condición del maniso y de zapata.

¡O poder de la plata!, dijo el Cabrero.

¡Vaya, vaya muchacho... larga que te metes en camisa de once varas.

Y el Cabrero... salió... de aquella morada.

El camueso marchó á seguida en busca